

Por supuesto que la imagen de Babilonia como la ciudad del destierro del reino perdido, centro del mal y del pecado, no es original en san Agustín sino que aparece repetidamente en la Biblia, sea en el Salmo 136, en los apóstrofes de Isaías y Jeremías, o en la terrible admonición del Apocalipsis: «Babilonia la grande, madre de las deshonestidades, y abominaciones de la tierra» (Apocalipsis 17. 5)⁵.

Pero nos parece advertir en los versos de Tejada una mayor semejanza con el tono y los temas que Agustín presenta en *La ciudad de Dios*. Desde la oposición rotunda entre las dos ciudades, la terrena y la celestial⁶ hasta las referencias a «los ciudadanos de la Ciudad de Dios en su peregrinaje hacia la Patria» (*La ciudad de Dios* 2a 132)⁷. Así, leemos en el *Peregrino*: «a que éste monte que miras / es de Dios la ciudad Santa, / lo demás es Babilonia / que peregrinando andas» (137). O en versos anteriores: «Un laberinto de almenas / un caracol de murallas / es ésta Ciudad sin Dios / que el entendimiento encanta» (88). Y todavía más «agustiniana», esta estrofa: «Su libre alvedrio le doy / llevele consigo y vaya / peregrinando la tierra / de Babilonia su patria» (87).

Por otro lado, hay que recordar que la imagen poética de la ciudad simbólica y, específicamente, de Babilonia, aparece en las páginas de clásicos españoles como Lope, Quevedo, Gracián y Góngora. Con respecto a este último, los estudios sobre la obra de Tejada desde el inicial de Ricardo Rojas pasando por los de Martínez Paz, Furt, Caillet-Bois y Carilla, se detienen a considerar el tema de las posibles influencias gongorinas en Tejada y, en general, el de sus fuentes literarias. En un resumen de estas opiniones críticas, coincidimos con aquellos que, si bien reconocen en los textos de Tejada ciertos rasgos de estilo de los maestros peninsulares y una familiaridad con las maneras poéticas de la literatura de los siglos XVI y XVII, enfatizan por sobre todo la importancia de las lecturas de libros religiosos y de devoción. Fundamentalmente, en ellos se apoya el *Peregrino*/Tejada, y su Córdoba/Babilonia.

Retomando el tema de este último paralelismo, el mismo resalta por la ingenuidad de la imposible comparación. Babilonia era la ciudad legendaria por la grandeza de sus muros y edificios, por el número y refinamiento

⁵ «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, / al acordarnos de Sión» (Salmo 136). Ver también Isaías 13. 19-22; 21. 9, y Jeremías 51.

⁶ «Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial». *La ciudad de Dios* (2a) 115.

⁷ «Porque la ciudad de los santos trae su origen de arriba, aunque engendra aquí ciudadanos, en los que peregrina hasta que llegue el tiempo de su reinado». *La ciudad de Dios* (2a) 125.

de su población, por la hermosura de sus jardines. Luis de Tejeda nació a apenas 30 años de la fundación de Córdoba, cuando la ciudad era todavía una aldea. Por la época del establecimiento del convento de Carmelitas de San José (¿1627?) Tejeda anota una población de 200 vecinos, esto, claro está, sin contar los indios de los feudos y encomiendas⁸.

La casa paterna era «una de las opulentas o la más rica de la provincia» (Udaondo 874), pero el entorno era modesto como ese río Primero o de Suquia al que la ciudad se orilla: «Para cantarlas me siento / sobre la arenosa falda / de este humilde y pobre río / que murmura a sus espaldas» comenta el Peregrino (Tejeda 83).

Vano resulta buscar en el texto de Tejeda descripciones de la ciudad, o del paisaje que la circunda⁹. Si hay referencias a calles y plazas es porque, como vimos, éstas revisten un significado simbólico. Lo mismo ocurre con las menciones del «florido y apacible prado» (205), y de las «playas floridas / de tu Saldán ameno» (211), esto en relación con la hacienda de Tejeda en Saldán, a pocas leguas de la ciudad de Córdoba.

Las alusiones al río Primero son más frecuentes, y también se habla de otros cauces de agua como el «mestizo torrente circunfuso» (208), y la «lagunilla» (210). Pero de nuevo, el propósito que anima estos versos no es el de una pura descripción paisajística. Por ejemplo, entre los episodios de su primer cautiverio de la sensualidad y los amores culpables, el Peregrino relata cómo un día, para calmar el calor del verano —o el de su pasión sexual—, se echó al río, el mismo río cuyas aguas navegaba ostentosa-mente con su amante: «Que en una fragil canoa / por tus remansos me andava / de mi torpe posesión / haciendo favula y gala» (101). Parece además que el río era escenario de aventuras eróticas no sólo para los señoritos como el joven Tejeda. En 1615, los cabildantes de Córdoba encarecen la construcción de acequias para que dejen «de salir las yndias y negras de nuestro serbicio a acarrear la dicha agua en la ql. ocasion se juntan con sus gayines y los buscan de nuebo, cosa muy ofensiba en los ojos de Dios» (Furt 41). Cuando Tejeda habla del «mestizo torrente» y de la «lagunilla» el tema es el de la preocupación por las inundaciones que asolaban a la ciu-

⁸ De la «Relación» de Tejeda sobre la fundación del convento. En Libro de varios tratados y noticias por Luis de Tejeda. Lección y notas de Jorge M. Furt (Buenos Aires: Coni, 1947) 199.

⁹ Una de las pocas, y buena en su lirismo, es la de las aguas y cerros de las cercanías de Córdoba: «Así corriendo salen del poniente / dose leguas continuas al oriente / hasta llegar sus apasibles aguas / tres leguas solas de ella a donde iguales / dos serros se le oponen poderosos / y su libre corriente a sus cristales / estos tan juntos suben, tan estrechos, / que el mismo sol de penetrante lumbre / quando a la opuesta parte se traspasa / oja parece de oropel que pasa» (207).

dad con el desborde de esas aguas (208-10). Si el Tejeda poeta versifica esta inquietud, el Tejeda vecino principal de la ciudad y, muchas veces, funcionario, va a aportar esfuerzo y dinero para la construcción de acequias y tajamares (Furt 294-97).

Como venimos analizando, la imagen de la Córdoba del siglo XVII que se deriva de los escritos de Tejeda no es preferentemente la física-geográfica del lugar y del paisaje sino la que se va delineando a través de las acciones de los personajes, con Luis de Tejeda como protagonista o testigo. Recorriendo esas páginas se nos figuran las celebraciones religiosas con el desfile de obispos, generales y magistrados (218-20), las fiestas populares, con toros y juegos de sortija y de cañas (221-22), los estudios en las aulas jesuíticas, cuna de la Universidad (87, 90, 93).

Al acusarse de los pecados de codicia del lucro material y de envidia de la prosperidad ajena (162-65), Tejeda nos pone en el escenario de esos negocios y transacciones con los que él, como sus padres y abuelos, tanto medró. Para completar el cuadro, las referencias a su participación en la guerra contra las tribus calchaquies (186), y contra los piratas holandeses que atacaban el puerto de Buenos Aires (187), y el confesarse víctima del «esplendor aereo / de militares galas» (186) muestra la importancia y el prestigio que se asignaba al ejercicio de las armas.

La sociedad en la que se mueve el Peregrino/Tejeda exhibe desenfreno en los placeres de los sentidos y desmesura en la exaltación religiosa. Actitudes propias de esa época y de ese medio las juzgaríamos hoy en forma muy diversa. Por ejemplo, Tejeda dedica 45 páginas del *Peregrino* a lamentar amores juveniles en los que se pinta como un terrible pecador, hechos que en el presente pasarían como deslices de muchacho rico y desprejuiciado. En cambio, achica en pocas líneas sus culpas contra la caridad y el amor al prójimo. Dos episodios resultan significativos. En el primero, nos cuenta que rechazó a «un pobre viejo enfermo y aflijido / que mi casa vivía» (189) cuando éste le pide que lo acompañe a bien morir. En el segundo, recuerda a una miserable esclava que había estado a su servicio por muchos años y quien, sintiéndose mal, quiere quedarse a morir en un sitio donde hay gente conocida. La respuesta de Tejeda, señor de feudos y vidas, es brutal. Le dice: «también donde yo voy hay gente y cura / y no faltará Iglesia y sepultura, / a donde si os morís podré enterraros». Y concluye: «al fin llegó quejosa o no quejosa / y no sabré decir si del camino / de llegar acabada, a morir vino» (189-90).

Por los años de la madurez, esta prepotencia de gran señor va a acarrearle daños y desgracia. A fines de 1661, en el desempeño de su cargo de capitán a guerra, convoca a las milicias de la ciudad para la lucha contra el cal-

chaquí. Pero se excede en el ejercicio de su autoridad y provoca el enojo y la furia de otros principales vecinos y feudatarios quienes, al año siguiente, consiguen que se emita una orden de prisión y confiscación y venta de los bienes de Tejada (Martínez Paz xxxi-xxxii). Esta sería «la infame pobreza» a la que lo condena la guerra, según anota el Peregrino en los últimos versos de su poema (211).

Primero por necesidad, y luego por devoción, Tejada se refugia en el convento. Allí, este poderoso personaje de la Córdoba colonial, descendiente de los fundadores y conquistadores, y él mismo soldado, encomendero, negociante, y magistrado, agregará a la lista de sus ocupaciones la de las labores del estudio y la escritura. Y curiosamente, la poca o mucha posteridad que alcance no la conseguirá con la espada o la riqueza sino gracias a algunos sencillos versos.

Bibliografía

- ABAD DE SANTILLANA, Diego: *Historia argentina*. Vol. 1. Buenos Aires, TEA, 1965.
- AGUSTÍN, San: *La ciudad de Dios (la)*. Obras de San Agustín 16. 2a ed. Madrid, La Editorial Católica, 1964.
- , *La ciudad de Dios (2a)*. Obras de San Agustín 17. 2a ed. Madrid, La Editorial Católica, 1965.
- , *Las Confesiones*. Obras de San Agustín 2. 5a ed. Madrid, La Editorial Católica, 1968.
- CAILLET-BOIS, Julio: «Córdoba en el siglo xvii, Luis José de Tejada». *Historia de la literatura argentina*, Vol. 1, Buenos Aires, Peuser, 1958, 6 vols. 136-56.
- CALDAS VILLAR, Jorge: *Nueva historia argentina*, Vol. 1, Buenos Aires, Juan C. Granda y Jorge R. Corvalán, 1966.
- CARILLA, Emilio: *La literatura barroca en Hispanoamérica*, Madrid, Anaya, 1972, 68-71.
- FLORES, Félix Gabriel: «El primer poeta del Río de la Plata a trescientos años de su muerte», *Cuadernos hispanoamericanos*, 374 (1981), 412-21.
- FURT, Jorge M.: Lección y notas a *Libro de varios tratados y noticias* por Luis de Tejada, Buenos Aires, Coni, 1947.
- LEVILLIER, Roberto: *La Argentina del siglo xvi: guerras y conquistas en Tucumán y Cuyo*, Buenos Aires, Porter, 1945.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, 2a ed., Buenos Aires, Losada, 1957.

- MARTÍNEZ PAZ, Enrique: «Luis José de Tejada: El primer poeta argentino». *Coronas líricas. Prosa y verso* por Luis José de Tejada. Precedido de una noticia histórica y crítica por Enrique Martínez Paz y anotado por Pablo Cabrera, Pbro, Córdoba, Argentina, Bautista Cubas, 1917, V-LV.
- Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Vol. 2, Madrid, Consejo de la Hispanidad, 1943, 3 vols.
- ROJAS, Ricardo: *La literatura argentina: Los coloniales 1*, 2a ed., Buenos Aires, La Facultad, 1924, 431-96.
- TEJEDA, Luis de: *El Peregrino en Babilonia y otros poemas*, Ed. Ricardo Rojas, Buenos Aires, La Facultad, 1916.
- TERESA DE JESÚS, Santa: *Libro de la vida*, 4a ed., Madrid, Cátedra, 1982.
- UDAONDO, Enrique: *Diccionario biográfico colonial argentino*, Buenos Aires, Huarpes, 1945.